

nicos, conocieron que aquellos pueblos eran parientes de los Malayos, Madecascios y Javaneses. Mil ochocientas leguas hay desde las islas de Sandwich á la Nueva Zelanda, y los idiomas son parecidos: casi otro tanto media desde Madagascar á las Filipinas, y tambien hay fraternidad en el lenguaje: entre Java y las islas Marquesas se interpone una tercera parte de la circunferencia del globo, y sin embargo las palabras de su idioma tienen las mismas raíces, esto es, el *Kawi* que viene á ser el sanscrito despojado de sus inflexiones. En el fondo de una religion sobremanera tosca aparece la idea de una trinidad, que en las Carolinas llaman *Aluelap*, *Langueleng* y *Olisat*, y entre los habitantes de Taití *Tane*, ó *Te Madua*, padre ú hombre, *Ora* ó *Mattin*, dios hijo ó sanguinario, *Taroa* ó *Manú te ooa*, ave ó espíritu: semejanza palpable con la Trimurti india. Los indígenas de la Nueva Zelanda y los demas de la Polinesia llaman *Assua* á sus dioses; creen que las almas de los justos son los buenos nímenes, y que las de los malos, con la denominacion de *Tii*, incitan el hombre al pecado. ¿Quién bajo estos símbolos no verá los *Asuras*, genios de la India antigua, y los *Daitias* que representaban á sus demonios?

Con mas evidencia aparecen aun tradiciones bramínicas entre algunas tribus de los *Dayas*, mas civilizadas que las otras. Estos dividen el tiempo en *yogas*, períodos semejantes á los fabulosos de los adoradores de Brama, y conformes hasta en los nombres, pues les llaman *Queveta yoga*, *Diva Pera yoga*, y *Cale yoga* al tiempo presente. En los eclipses, denominados con una palabra sanscrita *graana*, creen que un dragon (llamado *Rau*, tambien vocablo sanscrito) devora la luna; por cuya razon hacen un estrepito infernal para ahuyentarlo, lo mismo que se practica en la China.

En las islas de Tonga se habla de la dispersion de los hombres, de su division en buenos y malos, blancos y negros por efecto de una maldicion que se parece á la de Cam. Contábase en Taití que Dios habia infundido sueño al primer hombre para arrancarle una costilla, de la que se formó la primera mujer, y que el género humano fué sumergido por un diluvio del cual solo un hombre pudo salvarse. Fácil sería decir que estas ideas las han aprendido de los misioneros ó navegantes; mas en tal caso ¿por qué no recuerdan nada de lo perteneciente al Nuevo Testamento? Últimamente Honorato Jaquinot, refiriéndose á los Indios Yowais, que vinieron á Paris en 1845, decia: « He visitado las principales islas de la Polinesia, y observado en sus naturales las mayores analogías con los Americanos..... La semejanza de fisonomías es para mí la mejor prueba de la identidad entre los Americanos y los Polinesios; pero si tratase de buscarla en sus costumbres, se me presentarían una multitud de analogías. Aunque diverso el género de vida, hallanse sin embargo en el mismo grado de civilizacion, son iguales

entre ellos la jerarquía social y la sacerdotal; son igualmente oscuras sus religiones, y es igual tambien la reverencia que tributan á las tumbas. Entre los Madanos hay la costumbre de colocar los cadáveres sobre unos maderos, y de ofrecer manjares á los restos inanimados, lo mismo que se hace en la Nueva Zelanda y en las islas Marquesas. Entre los Asiniboinos y otras tribus se encuentra delante de cada aldea un gran palenque para las reuniones; lo mismo sucede en las islas Marquesas y en otras de la Polinesia. En la costa de la isla de Pascua se ven enormes peñascos esculpidos en forma de gigantes: en otros puntos de la Oceania, principalmente en las islas de Ualan, se encuentran murallas formadas de enormes masas, problema para los navegantes, y vestigio de las construcciones ciclopeas de que se hallan cubiertas ambas Américas. Los Polinesios, así como los Americanos, tienen una decidida afición á los adornos; pintanse con colores vivos, marcándose con líneas la piel; arráncanse los pelos, se rasuran parte de la cabeza, y perforan y estiran el lóbulo de la oreja, suspendiendo de ella pesados adornos. En Ualan los indígenas se cubren el labio inferior con una conchita, y la misma costumbre se encuentra en la costa Noroeste de América. El vestido de los principales de Taití, llamado *tiputa*, es lo mismo que el *poncho* de los Araucanos. Ambos pueblos son guerreros, y usan de las mismas armas, ostentando por trofeo la cabellera de sus enemigos. Tantas analogías, que fácilmente podría multiplicar, ¿pueden por ventura ser fruto de la casualidad (1)? »

Hemos aducido tantas pruebas acerca de la derivacion única del género humano, que creemos poder prescindir de contestar á las objeciones parciales, diciendo con Bacon que: « la armonía de las ciencias, esto es, el apoyo que mutuamente se prestan, es el verdadero y mas sólido modo de rebatir y apartar las dificultades de menor peso; en tanto que si se van aduciendo axiomas unos en pos de otros, como si se fuesen sacando flechas de una aljaba, se tendrá que pelear con cada uno de ellos, y se doblarán ó romperán á cada paso (2).

No he temido ser difuso en este particular, porque me parece de esencial importancia, no solo en el orden espiritual para demostrar el fundamento de la fe cristiana, esto es, el pecado original y la redencion, sino tambien en el orden histórico; pues de este conocimiento depende el saber si nuestra raza, conjunto de tanta miseria y tanta sublimidad, cayó del pa-

(1) *Annuaire des voyages*, 1846, p. 179.
La identidad de los Americanos con la raza roja de la Malasia y de la India oriental está demostrada en una obra inglesa de BRADFORD sobre las *Antigüedades americanas*, indagaciones sobre el origen é historia de la raza roja: en la *Malasia de HOMERON*, artículo inserto en la *Revue orientale*, y en muchas disertaciones del Sr. EICHTHAL á la sociedad etnológica de Paris. Volveremos á hablar de esto en el libro XIV.
(2) *De augm. scient.* lib. VII.

raíso, ó se ha ido levantando de entre los monos; si debemos buscar meramente el desarrollo de la materia, considerando que de su refinamiento proceden todas las cosas, ó bien enaltecer el ánimo, creyendo que el individuo y la humanidad están destinados á redimirse y á perfeccionarse, recomponiendo la descompuesta armonía de la conciencia; y por último, si aquellos á quienes una política desapiadada llama enemigos naturales, son ó no hermanos nuestros; de todo lo cual se pueden únicamente deducir reglas para la justicia, que es el fundamento de la Historia. ¿De cuán diverso modo no deberán formularse los juicios de esta si Moises, Mahoma, el emperador Critóbal, Iturbide y Tamerlán nos son tan extraños como el reno y el elefante? ¿cuán diversa no será la admiracion que inspiren las instituciones de Manes y los poemas de Calidasa? ¿cuán distinta no será la compasion que se tenga á los Incas y á los descendientes de Motezuma, quemados por los Españoles, y á los Negros comprados y vendidos por los Ingleses, suponiendo que aquellos son animales de otra raza diferente de la nuestra?

CAPITULO IV

Primeros países habitados.

Después de haber desvanecido por medio de los hechos la creencia de que el hombre es un germen espontáneamente desarrollado bajo diversas zonas, convendrá que sigamos aun interrogándolos para saber de qué país procedió su único tronco.

Quien deseara saber de dónde nace el Nilo, debería caminar contra su corriente preguntando de país en país de qué punto vienen allí sus raudales; y de este modo, al traves de sus infinitas tortuosidades, de bosques, arenas, desapariciones y cataratas, se iría acercando á las fuentes. Este mismo método conviene adoptar respecto del curso de las naciones. Si preguntamos á los pueblos de Europa de qué punto provienen, nos responderán unánimemente que de Asia. Conocemos indudablemente el origen de muchos de ellos, y estudiando las antiguas emigraciones y los restos de los destruidos idiomas, no solo vemos que los Celtas, Cimbrós, Esclavones, Galos, Germanos, Lapones y Fineses proceden de Asia, sino que señalamos el puesto que cada uno de ellos ocupó en las inmediaciones del mar Negro, en la Tartaria, á orillas del Ganges, ó donde quiera que se encuentran vestigios de su idioma. Si de los demas no podemos dar tan puntuales noticias, por lo ménos vemos que todos por sus tradiciones se remontan hácia el Oriente.

Á tal punto de barbarie ha llegado el África, y tanto tiempo ha permanecido la América separada de su tronco, que apenas es dado colum-

brar semejanza entre estas dos ramas; sin embargo, ya hemos demostrado algunas, y lo poco que aun subsiste de sus tradiciones indica una procedencia exterior y de las regiones de Asia.

Quien vaya luego siguiendo los matices del color del cutis, se convencerá mas y mas de que los Africanos proceden del Asia Meridional, y los Americanos de la Oriental.

En Asia, por el contrario, todo revela una suma vejez. Allí es donde aparecen los antiquísimos idiomas, que bajo formas inalterables y metódicas encubren la palabra bajo la sombra misteriosa del jeroglífico y del símbolo, y á los cuales se apiñan como sobre un núcleo todos los restantes del mundo. Si se pregunta de dónde se sacó el modo de fijar la palabra, la Grecia se confesará deudora al Asia del alfabeto que engendró todos los demas: de allí vinieron los guarismos, de allí los conocimientos astronómicos y los gérmenes de civilizacion ocultos en las cosmogonías; de allí las doctrinas filosóficas y religiosas que iluminaron ó deslumbraron á la humanidad; y allí veremos acudir, como á una fuente, á cuantos sabios han ilustrado los tiempos antiguos.

Si de estos instrumentos de la civilizacion pasamos á la civilizacion misma, la veremos aparecer primeramente en Asia, y desde allí difundirse por todas las demas partes del mundo. Su primera manifestacion es el dominio sobre los animales. Pues bien, la mayor parte de aquellos que en el dia rinden vasallaje al hombre, vagan aun montaraces por el corazón del Asia; las montañas que la atraviesan son el país originario del búfalo, del toro, de la danta de que proceden nuestros rebaños; y del antilope y la gacela de cuya union desciende nuestra cabra. El reno salta por las elevadas cimas que limitan la Siberia por el Oriente y en la cordillera de los montes Urales: el camello vaga errante por los dilatados desiertos que median entre el Tibet y la China; gruñe el jabalí en los bosques de encinas y hayas que sombrean la parte mas templada del Asia, y en cuyos añosos troncos habitan tambien el gato montés, y el chacal, primitivo origen de nuestro perro (1).

El hombre llevó en pos de sí á estos siervos que le dulcificaron un tanto la sentencia de tener que ganarse el pan con el sudor de su rostro: animales cuyas razas abundan á proporcion que el viajero se va acercando al Asia, y escasean á medida que se separa de aquellas regiones. La Nueva Guinea y la Nueva Zelanda no poseen mas quel el perro y el cerdo. La Nueva California solo tiene el primero de estos dos, y la América en su vasto dominio no tiene mas que el guanaco y el llama. La misma Europa no cuenta como suyas propias sino 15 ó 16 familias de los animales que viven mas inmediatos al hombre, comprendiendo entre ellas el raton

(1) Los naturalistas modernos han demostrado que la genealogía del perro, que da Buffon, es un sueño como otras muchas de sus teorías.

y otros de su especie; todas las demás las ha traído del Asia. En este país es en donde aparecen aun en toda su nativa hermosura: en ninguna parte se lanza el caballo á competir con el viento en ligereza como en la Arabia, ni el camello presta con mas paciencia servicios de consideracion al hombre: los poetas comparan á sus héroes con el asno silvestre y el doméstico: los rebaños, la cabra de Angola, el argali y el macho cabrío silvestre no tienen rivales en ninguna otra region: y allí hace siglos que el elefante, si bien como individuo, no como especie, es esclavo del hombre.

Y de qué importancia fuese la conquista de los animales, puede inferirse, considerando lo que serian la agricultura sin el buey y el jumento, el desierto sin el camello, el Kamschadalo sin el perro y el Árabe sin el caballo, á cuya falta se atribuye la inferioridad del Americano.

No debe perderse de vista que el hombre no ha conseguido desde aquellos primeros tiempos domesticar otros animales, por mas que en el Nuevo Mundo haya hecho ensayos con el puma, el cugar, el chischí y el tapir.

Pasemos en silencio la América, donde las lianas, enlazándose de uno á otro árbol secular, parece que oponen una impenetrable barrera á la civilizacion, ofreciendo seguro asilo al boa y á otros monstruos semejantes; no hablemos del África, donde la incesante llama del sol, y los desnudos arenales, agitados de cuando en cuando por el simum, inutilizan los trabajos del hombre; y consideremos que la misma Europa, aun en los tiempos históricos, era inculta y silvestre. Las primeras memorias hacen mencion de pantanos, de fieras, de bosques donde se ejerció el valor de los Hércules y Teseos que vinieron del Asia. ¡Y cuán escaso de frutos no fué naturalmente nuestro terreno! Todo es artificio de inertos, de calor y de abonos, mientras que en Asia nace espontáneamente el trigo; adquieren los racimos el sonrosado color sin necesidad de cultivo, y el olivo, la higuera, el melocotonero, el moral, el cerezo, la caña de azúcar, el café, el naranjo, el nogal, el castaño y el granado ofrecen sus exquisitos frutos con pródiga abundancia entre los delicados perfumes del jazmin, la rosa y otra multitud de flores de colores los mas vistosos y variados. Los Europeos no hemos perdido aun la memoria de la época en que hicimos la adquisicion de muchos de estos vegetales y los aclimatamos en nuestro suelo, trayéndolos de la misma tierra de la que nuestros antepasados aprendieron el modo de dividir y computar el tiempo, los nombres de los dioses y los símbolos con que poblaron el firmamento.

Las pirámides de Egipto han cesado de parecer las mas antiguas desde que llaman la atencion las ruinas de Persépolis, y los inmensos hipogeos de la India; prueba de la anticipacion con que allí se cultivaron las ciencias y las artes. ¡Qué hombres debian ser aquellos que levantaban ó socavaban tales construcciones!

¡qué pueblos aquellos los que merecieron oír los acentos de David, Viasa y Homero! ¡qué vigor de entendimiento no necesitaron para inventar aquellos sistemas de filosofia, en los cuales siempre se encuentra, ó aplicado en la práctica ó cubierto con el velo de las ficciones y de los emblemas, el germen de cuantas brillantes hipótesis, metafísicas sutilezas é ingeniosas teorías han inventados los sabios y estadistas! ¿Quién podrá creer que tan estupendas maravillas sean informes y toscos ensayos de una generacion, que acaba de enderezarse sobre sus dos piés, y de dejar el hábito de sus inclinaciones de mono y sus nativas selvas?

Como antiquísimos figuran el lujo oriental, y por consiguiente el oriental despotismo. Está tan consolidada la constitucion secular de la China, que los mismos vencedores doblan la dura cerviz á su yugo. Aun conservan las castas de la India la huellas de los reglamentos civiles y religiosos, que por siglos gobernaron al mas pacífico de los pueblos; y la estabilidad y duracion que aquellas naciones procuraban dar á sus monumentos y á sus instituciones, se parecen á la confianza de un jóven que edifica lo que espera gozar por dilatados años. Monarquías pacíficas ó guerreras hallamos á orillas del Tigris y del Eufrates, entre los montes de la Média y en las riberas del Nilo, apenas empieza á hablar la Historia; las cuales tomaron luego parte en los sucesos de las naciones de Occidente, y prolongaron su influencia hasta en la moderna civilizacion. En las mismas alturas de la Tartaria vemos que la desenfadada libertad de las hordas se combina con el despotismo de los Kanés, forma del mas antiguo régimen feudal. En una palabra, data en Asia el gobierno monárquico de una fecha tan remota, que los pueblos se han connaturalizado con su idea, de modo que el rey de Siam no hallaba medio de contener la risa cuando oyó decir que los Holandeses vivian sin rey. Este gobierno se encuentra tambien esblecido en las demás partes, conforme mas se acercan al Asia; y la tiranía que pesa sobre África en los puntos que confina con esta, va disminuyéndose hasta parar en un gobierno patriarcal entre los Cafres. Así es como en el Océano Meridional se ven brillar el lujo, las artes, las manufacturas y la monarquía, á proporcion que se avanza hácia el Asia: la América en sus extremidades no conocia el gobierno monárquico, en tanto que una mano extranjera lo habia planteado en Méjico y en el Perú.

Ni América con sus volcanes, que aun arden, y con sus pantanosas llanuras, ni África que debió tardar mucho tiempo en sacar del fondo de las aguas sus desiertos arenales, pueden aspirar al honor de haber dado el primer asilo al último y mas predilecto fruto de la naturaleza, al que constituye el vértice de la inmensa pirámide de la creacion. Debíó, pues, el hombre, como tal, ser colocado en el centro de las mas poderosas fuerzas orgánicas, en un país sobre el que la naturaleza hubiese derramado á ma-

nos llenas sus maravillas, donde el mas vasto continente se extendiese entre los mas encumbrados montes, en una palabra, en el corazón de Asia.

Si se pregunta sobre este particular á los mismos Asiáticos, responderán que proceden del país circundado por el Caspio, el Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el Árábigo. Los Chinos colocan su primitivo origen en la provincia de Chen-si al Noroeste; los Indios al Norte de los montes Himalayas, esto es, en la Bactriana, limítrofe de la Persia que confina con el país central. La Mesopotamia es la region mas mediterránea, y en su elevacion debió el reciente diluvio haberla dejado rica de humedades y de aquella fertilidad que el largo transcurso de los siglos ha ido agotando.

CAPITULO V

Primeras sociedades.

Cuanto acabamos de exponer destruye por completo la asercion de los que suponen que el hombre nació meramente dotado de sensaciones, y que el acaso y la necesidad lo fueron despertando de la imbecil inercia en que dormitaba. Bajo el peso de apremiantes necesidades, jamas el hombre bruto habria inventado sino lo que le hubiera importado para satisfacerlas. Siendo esto así, ¿cómo habia de hallarse tan universalmente impreso el sello de las creencias religiosas? El lenguaje de estas es el mas antiguo en todos los pueblos; los informes ensayos de civilizacion que entre los pueblos mas rudos encontramos, se refieren siempre á un culto; y con himnos acompañan las danzas y cánticos de las solemnidades, himnos cuyo sentido no comprenden las mas de las veces, y que por lo general están fundados en la reminiscencia de un mundo primitivo.

No: el hombre no podia elevarse hasta la razon sino por medio de la palabra, ni adquirir esta sin observar la unidad en la multiplicidad, lo invisible en lo visible, y el efecto en la causa, esto es, sin hacer uso de su razon: círculo vicioso que se reproduce siempre que se discurre sobre los principios de la humanidad.

Y se reproduce tambien en la idea de un contrato social, por medio del cual, los hombres, redimiéndose de la condicion de las bestias, contrajesen el primer lazo de la vida comun. Si fuese así, ¿por qué razon no habrian de hallarse pueblos sin habla, ni razon, ni moral? Por el contrario, todas las historias nos demuestran que el hombre las poseyó siempre mas ó menos desarrolladas; de modo que podemos creer que constituyen el fondo y la esencia de su naturaleza, y que son anteriores á la razon especulativa, que nunca habria podido hallar un modelo perfecto para los casos prácticos.

Y en efecto, ¿cómo podrian convertirse en

deberes los lazos del matrimonio y de la paternidad, sin que el hombre comprendiera los bienes que de ellos redundan y el medio de alcanzarlos? ¿cómo puede formarse una idea de los beneficios de la sociedad quien nunca los ha probado? Para que los hombres conviniere y quedaran comprometidos en un pacto social, era preciso que poseyeran un lenguaje comun para entenderse; formas de contratos, asambleas y representacion; es decir, que estuviesen ya ligados por los vínculos de la sociedad. Además, ¿con qué derecho aquel puñado de hombres habria podido obligar á la sucesion entera del género humano? ¿qué sancion autorizaba su pacto, si todo se fundaba en imágenes mudables, y en inconstantes abstracciones? Finalmente, si este pacto fué llevado á cabo con el objeto de obtener la felicidad, ¿no podré yo siempre que me sea gravoso rescindirle con el mismo derecho, y volver á llamarme libre?

Pero ¿es libre el hombre en las selvas, donde no tiene compañía, ni puede por lo tanto dar curso á sus afectos, ni aun siquiera usar de la razon, la cual solo en la sociedad y por la sociedad se desarrolla? ¿Es libre donde todos tienen derecho á todo, lo cual perpetúa la guerra? ¿Es libre hallando á cada paso impedida su accion por las fuerzas de una naturaleza á la cual todavía no sabe sujetar?

Si los bosques y las cavernas, y la vaga vórus, y el vivir á modo de fiera son el estado natural del hombre, no podrá ménos de considerarse como vicio esa desviacion de tales condiciones que llamamos sociedad y progreso; y las ciencias y las artes, léjos de afanarse por herosear la vida y hacer mas agradable el consorcio civil, deberian emplear su industria en hacer retroceder al hombre á aquel estado primitivo que es la naturaleza y la libertad. Consecuencia verdaderamente lógica, cuyo absurdo bastaria para desmentir el principio: como basta la Historia para negar que el hombre haya inventado el lenguaje, la religion y la moral. El estado salvaje es, pues, no ya el principio de la humanidad, sino una degradacion, una degeneracion hácia la naturaleza animal, en perjuicio de la naturaleza moral. Y que semejante decadencia hasta el completo olvido de todo elemento de civilizacion es posible, lo vemos todos los dias en América, y principalmente en el Brasil, que tiene países de prodigiosa fecundidad en los ganados, donde la vida da tres cosechas, los bananos y naranjos están todo el año cargados de frutos, y donde sin embargo los hijos de los Portugueses se encuentran reducidos á un estado brutal, sin contratos nupciales, sin moneda, sin sal, y casi sin vestidos ni religion.

No fué, pues, la sociedad civil formada por interes ni por adquirir nuevos goces, sino por necesidad, para mudar la vida de hecho en vida de derecho, y para impedir la destruccion de la especie. No deprava al hombre, ántes por